

Sobre estas piedras róseas,
Llenas de amor y fe.

XI

Eternamente infúndeme
¡Querido monumento!
Las fruiciones íntimas
De místico contento
Con que asombrado el ánimo
Responde á tu virtud:
Virtud que las imágenes
Del arte fertiliza,
Y la materia inánime
Asume y diviniza,
Y lleva á nuestro espíritu
Perpetua juventud!

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Del CANTO ÉPICO

LA BATALLA DE LEPANTO

Allí viene el salvaje beduino
De atezado semblante y ojos fieros;
El Scita ligero, el que al destino
Debió cuna de Egipto en los linderos;
El indomable y bárbaro argelino;
Los de Túnez y Fez bravos guerreros;
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,
Negros de Libia y blancos circasianos.

Pueblos, colores, razas diferentes
En desorden extraño confundidos;
De nobles persas las altivas frentes
Entre esclavos se ven envilecidos;
Unos activos, otros indolentes
Contra el cristiano van embravecidos
Juzgando esclavos de su inmunda tropa
Los bellos campos de la rica Europa.

Avanzado al bauprés, la frente oscura
Por fatídica ruga señalada;

La agudísima blanca dentadura
Tras los convulsos labios apretada;
Torva en sus ojos la mirada dura
De la Liga posándose en la armada,
Junto al Sanjac, que en su galera ondea,
El iracundo Ali, jura y bravea.

Cual tigre que en las fúces sed cruenta
Siente, y rugiendo hacia la presa avanza,
Así las naves del cristiano cuenta,
Cual presa ya de su feroz venganza,
El rudo Ali-Bajá que ronco alienta
De sus cansados remos la pujanza,
Y ya impaciente en su furor sanguino
Empuña el ancho acero damasquino.

«¡Bogad! ¡bogad! el bárbaro les grita:
¡Salvad el ancho mar que nos separa,
Y al nazareno audaz que nos incita,
Arranquemos la Cruz con que se ampara!
¡Dios sólo es vencedor, y su bendita
Palabra ha de llevar hasta do para
El sol, hundiendo la cansada frente
En las últimas aguas de Occidente!

»Dios sólo es vencedor ¡bogad! ¡tronemos
Contra el cristiano infiel, y su bravura
Entre la sangre y el fragor probemos
De la batalla inexorable y dura!
Que aun alienta en nosotros demostramos
De Agar y de Ismael la sangre pura;
Y si en el mar los destrozáis, en guerra
Nuestros corceles hollarán su tierra.

Allí os esperan lánguidas esclavas,
Un cielo siempre azul y un sol de oro;

Si amantes sois, encontraréis mil Kabas,
Si avaros, de riquezas un tesoro;
De Granada las rojas alcazabas
La vuelta esperan del vencido moro,
Y aun lloran de sus dueños la mancilla
Córdoba hermosa y la gentil Sevilla.

»¡Dios sólo es vencedor! ¡Bogad y á ellos!
¡Tras esa escuadra se levanta Europa!
¡Sus ricos pueblos y sus campos bellos
Vuestros serán, y la vencida tropa,
Antes que el sol oculte sus destellos,
Juro que ha de mirar sobre mi popa
De ese don Juan, marchita la belleza,
En una pica la imperial cabeza!»

Calló del fiero Ali la voz rugiente;
Del azote cruel la espalda herida,
Forzó el remo el cautivo diligente,
Y en media luna sobre el mar tendida
La escuadra infiel adelantó potente,
Hasta llegar á la ocasión temida,
En que las dos escuadras se allegaron
Y en espantable muestra se mezclaron.

Dame, Señor, la voz del ronco trueno,
Del huracán el silbo embravecido,
El tonante fragor con que del seno
Lanza el volcán su cráter encendido,
El torbellino espeso que el sereno
Azul del cielo empaña, y el temido
Sacudimiento que espantable aterra
Al conmovearse la tremante tierra.

Que tal tronó la ronca artillería
Los silbadores hierros vomitando,

Con furia sin igual y fuerza impía
A cristianos y á turcos destrozando;
Y tal al cielo se elevó sombría
En los aires sus nieblas condensando,
Blanca columna de humo turbulento,
Y tal tembló la mar y vibró el viento.

Y no hay pluma que baste ni pinceles
A decir ó pintar el trance horrendo:
El humo espeso oculta los bajeles:
Cubre la voz del hombre el ronco estruendo
De la voz del cañón; de los infieles
No se sabe el lugar, ni do muriendo
Mira entre sangre mísero cristiano
Vengar su muerte á valeroso hermano.

No hay ceder, no hay parar: zumba y rebrama
La dura lid; el hierro centellea,
Fiero el clarín á la contienda llama,
Cuerpos y jarcias la corriente ondea,
Rojizo resplandor el aire inflama,
El hierro sobre el hierro martillea,
Y no se sabe, echada ya la suerte,
De quién es el triunfar, de quién la muerte.

Embístense con furia las galeras,
Crúzase el hierro, avívase el coraje,
Vuelan tocas, turbantes y cimeras
Al pujante embestir del abordaje:
Destrozos y matanzas lastimeras
En sus espumas cubre el oleaje,
Y ni el cristiano cede en su pujanza
Ni de sus naves el infiel avanza.

No hay un punto en la lid del que á raudales
Sangre no corra, el ponto enrojeciendo,

Ni ya cubrir los gritos funerales
Del cañón matador puede el estruendo;
Nadie piedad demanda, ni señales
De flaqueza se dan, aunque muriendo;
Ni bajo el sol alumbran las espadas
Hasta el terrible pomo ensangrentadas.

Cual vemos retronando la tormenta
Lanzar ante su tromba el torbellino,
Y la fulgúrea luz que el rayo alienta
Teñir la sombra en resplandor sanguino,
Así la tromba de la lid cruenta,
Zumbando y retronando de continuo,
Rebrama, vibra, se dilata, crece,
Y hasta á los cielos amagar parece.

Oyóla el huracán en las honduras
Donde le guarda Dios encadenado,
Y rompiendo sus fuertes ligaduras,
Lanzóse sobre el mar desenfrenado;
Alzáronse las líquidas llanuras
En montes á su impulso, y dilatado
El humo, en anchas ráfagas tendióse,
Y el trabado combate ver dejóse.

Del turco en la indomable capitana
El almirante Ali, de ira inflamado,
En ala corre de su furia insana,
El Sanjac á los vientos desplegado,
Donde la cruz se eleva soberana,
Mostrando al Dios del Gólgota enclavado,
Y donde ansiando ensangrentar su acero,
El valiente don Juan se alza el primero.

Naves rompiendo, fuego y oleaje
Al par las capitanas se enfilaron,

E impulsadas de lúgubre coraje
Potentes á encontrarse se lanzaron.
Al tremendo chocar de su abordaje
Los ligados maderas rechinaron,
Y de Cristo los bravos caballeros
Con los turcos cruzaron sus aceros.

Giran alrededor de las asidas
Capitanas, galeras en su ayuda,
Las de Roma y Venecia, y las temidas
Del Dey de Argel, que con pujanza ruda,
Por las de Malta y Génova embestidas,
La lid sostienen resonante y cruda,
Dando en continuo són y movimiento
Cadáveres al mar, gritos al viento.

Tremendo fué el chocar, la lucha dura:
Por cada paso que el cristiano avanza,
El turco alfanje á la región obscura
Por centenares castellanos lanza.
Ardiendo el arcabuz, muerte fulgura,
Rechina el hierro, y con feroz pujanza,
Luchando cual pantera enfurecida,
Alí-Bajá rechaza la embestida.

Como el fiero león cede cansado
Y paso á paso la terrible huella
Retira, por los tigres acosado,
Y el ojo matador rojo centella,
Y, do alcanza su garra, denodado
Avanza, hiende, rompe y atropella,
En torno suyo rugidor dejando
Despedazados restos palpitando;

Así, de su galera sobre el puente,
Revolviéndose Alí, ruge y batalla;

Donde su brazo alcanza, allí se siente
Hierros cortando á la acerada malla,
Su duro yatagán, que reluciente,
En alto siempre, matador se halla,
Por el cóncavo pomo destilando
Caliente sangre de cristiano bando.

Y allí el bravo don Juan fiero sustenta,
La prez de su blasón en lid activa;
Su poderosa espada se ensangrienta
Hiriendo sin cesar; la muerte, esquiva,
Le respeta do quier; la huella asienta
Sobre turcos cadáveres, y altiva
De su esplendente fama con la gloria
Ante él bate su alas la victoria.

Siguenle, las banderas desplegadas
Y en pos de sus valientes capitanes,
Honor de los Cardonas y Moncadas,
Los invencibles tercios catalanes;
Allí hicieron sus famas renombradas
Figuroas, Padillas y Bazanes,
Y con claro valor en trances fieros
Cien linajes de nobles caballeros.

Y allí también su fortaleza ostenta
Un soldado español: su noble mano
El pesado arcabuz fiera sustenta,
Muerte lanzando al bárbaro otomano.
En su ancha frente el porvenir asienta
De la gloria un destello soberano,
Orlando con reflejos relumbrantes
El pensamiento audaz del gran Cervantes.

Genio que guardas de la patria mía
El noble orgullo; de tu fuego santo

Claro un destello á mi rudeza envía
Que en luz inunde mi afanoso canto.
Musa de las batallas, que sombría
Presides la matanza y el espanto:
Cesa, cesa en tu horror, que cantar quiero
Himno de gloria al vate y al guerrero.

¡Mas, insensato afán! ¿Dónde las alas
Bastantes á llegar hasta su altura?
¿Quién, al mundo y á Dios, robando galias,
Pintará de su genio la hermosura?
¿Cómo desde la tierra hasta las salas
Eternas ascender, donde fulgura
De torrentes de gloria circundado
De Cervantes el nombre venerado?

Si hay una pluma que á su fama baste,
Otra pluma será, que no la mía,
Que existe entre él y yo para contraste,
Y es poco á fe, la eternidad vacía.
Bronces y rocas el cincel desgaste
Para esculpir sus timbres á porfia;
Que ante Cervantes sólo reverente
Sé admirar y callar y hundir la frente.

Miróle el mundo con valor rompiendo
El cerrado tropel de los infieles,
Á la par de don Juan, bravo cogiendo,
Sobre el sangriento mar, rojos laureles;
Como soldado su renombre haciendo
Digno del porvenir, que en ecos fieles,
Si de las musas le llamó el encanto,
Llamóle al par el Manco de Lepanto.

Sigue en tanto el furor: el mar, cubierto
De cadáveres ya, ruge sañudo:

Lídiase por doquiera al descubierto,
Desclavado el arnés, roto el escudo;
Flotan bajeles el combés desierto,
Rasgado el pabellón, el bronce mudo,
Mientras en otros se alza brilladora
Del incendio la llama aterradora.

Al fin ante el cristiano en lucha fiera
Rueda entre sangre Alí; se alza espantable
Su cabeza á una pica, y su bandera
Ante la cruz se humilla, venerable;
Al ver la capitana prisionera,
El Dey de Argel escapa miserable,
Y se rinden, vencidos, los infieles
Sobre un lecho de rojos alquiceles.

Y allí quedó la flor de la nobleza
De las fuertes naciones coligadas,
Y del turco la indómita fiereza,
Del mar entre las ondas sepultadas.
Pretender escribir cada proeza
Voz y ocasión requiere dilatadas,
Que tales, tantos y tan grandes fueron,
Que en su misma grandeza se perdieron.

Gloria á los invencibles campeones
Que de la Cruz, bajo el divino amparo,
En sangre infiel tiñeron sus pendones
Y en Lepanto adquirieron nombre claro;
Salud á las fortísimas legiones
Que á sus lares sirviendo de reparo
Vengaron en las ordas turbulentas
De la ofendida Europa las afrentas.

Allá van, allá van, rotas las velas
Del fuego del combate ennegrecidas,

Cual rebaño de tímidas gacelas
Por hambriento león acometidas;
Allá van, cual caballo á quien espuelas
Da cobarde jinete y sueltas bridas,
Vueltas las proras al lejano Oriente
Sobre las ondas de la mar rugiente.

Al fin, en la pacífica ribera,
La breve planta bañará en las olas
La virgen de flotante cabellera,
Sin temer las corsarias banderolas;
Ni ya en viles harenas, lastimera,
Su pudor y su fe llorando á solas,
La esposa del Señor verá sonrojos
De impuros musulmanes en los ojos.

¡Triunfó la Cruz! ¡Su símbolo sagrado
Fué señal de terror al trace fiero!
¡Cantemos al Señor, que dió al soldado
Claro valor y al noble caballero;
Al Dios de las batallas, que humillado,
Tendió al infiel ante el cristiano acero,
Y dió en el mar sangrienta sepultura
Á los despojos de la gente impura!

DON FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO

DEL «CÁNTICO AL HOMBRE»

¡Oh! sí; tu noble frente con majestad levanta,
Mortal engrandecido, del cielo á la región;
Tú imperas en el orbe que huellas con tu planta,
Y no eres de su polvo raquitico montón.

Tú llevas en tu mente un mundo de esplendores,
Y un sol vivificante de hermoso fulgurar,
Que irradiá por tus labios sonidos vibradores
Vertiendo en la palabra la luz de tu pensar.

Y si arrebatá el aire las notas fugitivas
Y de tu voz los sonos fugaces ves morir,
Cual ecos perennales, las letras siempre vivas
Al mundo y á los tiempos los saben repetir.

Y el hierro, ante esa lumbre de inmenso poderío,
Arrímase y refleja su fúlgido raudal
En perdurables signos, y fiel como el rocío
Que copia los fulgores del sol matutinal.

Y cruza las fronteras y por doquiera cunde,
Hasta el confín remoto, el eco de esa voz,
En alas de la imprenta, que al mundo la difunde,
Como la luz potente, como la luz veloz.

Levanta, si, levanta la frente ¡oh triste humano!
Y humíllense los seres, ante tu noble ser,
Que aún tiene en su flaqueza señal de soberano
Y muestra el ancho mundo su gloria y su poder.

Él deja de su paso por la revuelta historia
Gigantes monumentos de augusta majestad,
Que cuenten sus hazañas y digan su memoria
A las futuras gentes y á la remota edad.

Y en tanto de las selvas penetra en el misterio
Y á su presencia huyen la hiena y el león;
Recibe la materia las leyes de su imperio,
Y ríndele en mil formas humilde sumisión.

Él baja de la tierra al seno tenebroso
A sorprender osado del oro el manantial,
Y se hunde en los abismos del mar tempestuoso,
Cantando su victoria la perla y el coral.

El fuego que en los aires su faz esconde ardiente,
Él toma entre sus manos, y mándale lucir;
Y al fuego de sus hornos, en vidrio transparente
La roca que le entrega le manda convertir.

La tarda oruga tiende sobre el moral suave
Para que blando lecho se forme en su calor,
Y del capullo tosco, sacar su mano sabe
Los pérsicos tapices, los chales de Lahor.

Al elefante altivo con su valor enfrena,
Y lucen las hermosas joyeles de marfil;
Apresa allá en el polo la colosal ballena,
Y el delicado talle se ostenta aún más gentil.

Y abate las panteras y tigres que crueles
Dominan el desierto; y con amante fé,
Como trofeos rinde sus arrogantes pieles,
Que oprime la doncella con su medroso pie.

Para que el grano arroje, va abriéndole caminos
Sobre la dura tierra el toro mugidor,
Y como á dulce dueño, con sus amantes trinos,
Le alegra en sus pesares cautivo el ruiseñor.

Y si su patria invade osado el extranjero,
Del rudo hierro, forja con bélica ansiedad,
La damasquina cota y el toledano acero,
Para guardar altivo su santa libertad:

Y al verle, tiende ufano las crines rozagantes
Y piafa inquieto y bufa el rápido corcel,
Y con relincho agudo y pies centelleantes,
Se arroja á la batalla para morir con él.....

Mortal, si, grande eres, hasta la luz sumisa,
La fugitiva imagen te grava perennal,
Y subes á los aires, y tu ambición divisa
Que alcanzarás el vuelo del águila caudal.

Y en vano es que ante el hombre opongán sus ba-
Los montes y desiertos y el mar aterrador; [rreras
Su reino no conoce linderos ni fronteras,
Y todo el orbe siente su brazo domador.

Humilla al golpe rudo de la segur violenta
El corpulento roble y el cedro secular,
Y en gigantesca nave que afronta la tormenta,
Como señor recorre la inmensidad del mar.

Y si la senda el piélagó le niega amenazante,
Y si á la estrella roban las nubes su fulgor,
En dónde está le dice, la aguja palpitante,
Cual corazón que late tendiendo hacia su amor.

Y él, que sabe la fuerza del anhelar ferviente
Con que ansían las almas de su prisión volar,
Encierra el agua pura en férreo monstruo ingente,
Donde en vapor el fuego la viene á transformar;

Y símbolo de un alma, en su implacable anhelo,
Al tiempo y los espacios arrolla su poder,
Y en su violento arranque para volar al cielo
Arrastra cuanto intenta su vuelo detener.

Y envuelve en blanca nube la fiera que rugiente
Se lanza, cual soñada quimérica visión,
Por llano y valle y río, vertiendo fuego ardiente,
Atrás en su carrera dejando al aquilón:

Y aunque su paso cierre el muro de montañas,
Tampoco, en su delirio, sabrá pararse allí;
Que abrió ante tal grandeza el monte sus entrañas,
Á que se arroja ciega con loco frenesí;

Y se hunde en sus abismos por la caverna oscura,
Que rápida recorre con hórrido fragor,
Y sale arrebatada rugiendo á la llanura,
Lanzando á los espacios su grito vencedor...

Señor, ¡bendito seas! Tu sopro soberano
Sobre la sombra pasa y el ser hace surgir;
Y rey sobre tus obras pusiste al sér humano,
Por quien la tierra sabe tu nombre bendecir...

Vedle: sobre su reino él va con tarda huella
Como arrastrando el peso de esclavitud cruel,
Mas forja entre sus manos la rápida centella
Que á sus dominios manda como su esclavo fiel:

Y trázala caminos bajo del mar hirviente
Y en la región del aire, y suéltala; y veloz
Da ella sus mandatos á la remota gente,
Y aun palpitantes lleva los sonos de su voz...

Mirad, sí, su grandeza: las nubes se levantan
Y al claro cielo roban su placentera luz,
Y en formidables grupos que raudos se agigantan
Con fúnebres presagios el corazón espantan,

Y el horizonte cubren de cárdeno capuz:

Abortan la tormenta sus antros inclementes;
En cada nube estalla devastador volcán;
Granizo y agua arrojan en irritadas fuentes;
Desbórdanse los ríos, revientan los torrentes,
Y arrasa la espesura bramando el huracán.

Del monte seestremecen los hondos fundamentos;
Los truenos cavernosos retumban con fragor,
Y al són que embravecidos le dan los elementos,
En pos de los relámpagos, en alas de los vientos,
Señor de la tormenta, va el rayo aterrador.

Del hombre ardiente pábulo hará su ciega ira:
La dura roca humea, la torre empieza á arder;
Se trueca la alta cumbre en inflamada pira;
El alma con terrores clamando al cielo mira,
Y va en espantos fieros el mundo á perecer.

Mas mientras mande el iris de Dios la fe jurada,
Aún puede su grandeza el hombre recordar;
Que si su fuerza es débil, sabrá con mano osada
El signo de su imperio clavar en su morada,
Y en viéndole va el rayo sus plantas á besar.

Señor, ¡bendito seas! No es sueño mi locura
Si pienso, arrebatado, en semejarme á Ti:
Que no borre con cieno, Señor, la imagen pura
Que entre grandezas tantas con tanta luz fulgura
Por tu infinita diestra grabada sobre mí!...

Tú solo eterno y grande; creador tú solo eres;
El universo canta tu gloria y tu poder;
Tu espíritu se aleja, y volverán los seres
Al polvo de su nada; mas si enviarle quieres
De nuevo, á nueva vida veránse renacer.

Sonríes á la tierra, y cúbrese de flores;

Sus bravas cumbres tocas, y en fuego van á hervir;
La miras enojado y rásganla temblores,
Y cuando ver no quieres sus crímenes y horrores,
Los velos de un diluvio la bajan á cubrir.

Á Ti solo homenaje dará rendido y grato
De adoración ardiente con humildad mi amor
Mas nunca envilecido, adoraré insensato
El mundo y la materia de quienes soy señor.

DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

EL PLACER Y EL DOLOR

I

¿Tuvo, tal vez, la escena algún testigo?
No lo sé ni consigo
Dar del misterio con la oculta clave.
Sé que los dos un día de repente
Se hallaron frente á frente:
Cuando y en donde fué, nadie lo sabe.
Triste el anciano, sin vigor ni brío;
Cejijunto y sombrío:
Agil el joven, animoso y fuerte.
Así traza de entrambos la pintura
Quien más tarde asegura
Que el mozo dijo al viejo de esta suerte:

II

—¿Te atreves á cruzarte ante mi paso?
¿Puedes pensar, acaso,

Que has de hacerme temblar por iracundo?
Soy el placer. La tierra es mi conquista.
Mientras el hombre exista
Seré el señor y el árbitro del mundo.
Mi ley tan solo sobre el orbe impera.
Si el placer no existiera
Saltara el corazón, roto en pedazos.
Sin mí ni aun la existencia se concibe:
Por mí vive quien vive,
Que la vida se forma entre mis brazos.
Yo soy para los labios carcajada;
Para el campo alborada;
Satisfacción para el ardiente anhelo:
Abundancia en la tierra y lozania;
En el alma alegría;
En el mundo calor; luz en el cielo.
Por mí logra la madre la fortuna
De mecer en la cuna
Al tierno infante que á vivir la liga:
Yo doy, cuando á la tierra me aproximo,
Á la vid el racimo
Y á la dorada mies la rubia espiga.
¿Persigue la ambición triunfos y gloria?
¿El soldado victoria?
¿Yo colmo sus afanes con exceso?
¿Delicias los rendidos amadores
Buscan en los amores?
Pues yo en sus labios me transformo en beso.
Mi voz del hombre la carrera guía.
De la báquica orgía
Vibro en los cantos y en las copas moro:
Soy sombra en los ardores del desierto;

Para el náufrago puerto;
Para el avaro el relucir del oro.
Yo pueblo con imágenes de rosa
De la virgen hermosa
Los sueños en las noches de verano,
Y cobija á la vez mi ala de armiño
La esperanza del niño
Y los dulces recuerdos del anciano.
Es mi heraldo la risa delirante;
Mi séquito brillante
Cuanto de hermoso el universo encierra;
Besos, triunfos, honores, poderío...
El mundo es siervo mío:
¡El placer es el dueño de la tierra!

III

El mozo enmudeció. Vivo reflejo
en los ojos del viejo
Brilló, como centella, de repente;
Pensativo quedóse breve rato
Y al fin dijo: ¡Insensato!
Rey del mundo soy yo ¡yo solamente!
El dolor, el destino señalado
Á cuanto fué creado;
La esencia de la vida, el sufrimiento;
De esa vida que mueve mi palanca,
Pues del dolor arranca
Y es el sollozo su primer aliento.
¿Pone el placer, con carcajada loca,
Más risas en la boca

Que lágrimas yo vierto sobre el mundo?
¡Si con llanto formado se le hubiera,
el mar, sin duda, fuera
Más salobre á la vez y más profundo!
¿Ve la madre en el hijo su fortuna?
Pues yo trueco la cuna
En fúnebre ataúd y en mal eterno.
¿Abril derrama sobre el prado flores?
Pues cubro sus verdores
Con el blanco sudario del invierno.
Soy el vencido á quien el fuerte oprime;
La miseria que gime;
La corrupción que las conciencias vicia:
Soy el mal triunfador y el bien cautivo;
El odio siempre vivo;
La ingratitud, la infamia, la injusticia.
¿Brinda el amor ardientes embelesos?
Yo oculto tras sus besos
La vil traición que envenenando pasa.
¿Ofrece sazonados en estío
Sus frutos el plantío?
Yo formo un nubarrón que los arrasa.
Yo de la envidia la tristeza enciendo:
Mi séquito tremendo
Son la impotencia, el desengaño, el dolo...
Nadie evitó pagarme su tributo:
Tiránico, absoluto,
Se extiende mi poder de polo á polo.
Escucha bien. La universal tortura
Sollozo de amargura
Llorosa al cielo sin cesar levanta.
Con él la humanidad, de zona en zona,

Que es mi sierva pregona:
¡Es el himno al dolor que el hombre canta!

IV

Calló el dolor frunciendo el entrecejo,
Y cuando el mozo al viejo
Mudo y provocador miraba fijo,
Con un nimbo de luz como corona
Una angusta matrona
Entre los dos cruzándose les dijo:
—Os movéis en verdad inútil guerra.
El cetro de la tierra
Ninguno de los dos lograr intente.
Dad término al combate furibundo.
No reinan sobre el mundo
Ni el placer ni el dolor únicamente.
Entretejiendo triunfos y dolores,
Como espinas y flores,
Hace en el mundo el hombre su carrera.
Y el pesar embellece á la alegría.
¿Fuera tan bello el día
Si sus pasos la noche no siguiera?
¿Por qué causa la risa gozo tanto?
Por venir tras el llanto.
Por el humilde es grande el poderoso.
Si el llano no existiese ¿habría otero?
¿Sin las nieves de Enero
Fuera Mayo tan dulce y tan hermoso?
Hoy tormento y dolor: placer mañana:
Tal es la suerte humana:

El vencido de ayer, al fin triunfante...
Nobleza y falsedad; calor y frío;

La luz y lo sombrío

Todo mezclado en confusión constante.

Pensáis del mundo ser dominadores

Y sois mis servidores;

Esclavos que vivís en mi obediencia.

Por que á los dos os mando y os obligo,

Vencedora consigo

El eterno contraste, que es mi esencia.

Yo necesito del placer fecundo

Por que es germen del mundo;

Del dolor, por la muerte, mi aliada,

Y así, creando al par que destruyendo,

Voy con los dos haciendo

Á través de los siglos mi jornada.

El placer y el dolor, contra ella unidos,

Miraron sorprendidos

Á la angusta matrona aparecida.

—¿Ser, insensata, nuestra reina quieres?

le dijeron— ¡Quién eres?

—Y la matrona respondió: ¡La vida!

EL NACIMIENTO

De un monte hecho de corcho, bajando la pen-
Que fingen unas tablas en curva desigual, [diente

Y á cuyos pies, de estaño despéñase un torrente

Que muere en un arroyo formado de cristal,

Los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,

El curso que les marca la estrella de latón,

Y paran los corceles al ver el portal santo
Oculto en una gruta de barro y de cartón.

Un grupo de pastores, que afrenta á la escultura,
Bailando se acompaña de gaita y tamboril,
Y olvida las ovejas que pacen en la altura,
Ó bajan ellas solas en busca del redil.

Allí nacen hermanos el pino y la palmera,
Junto á un árbol sin hojas se ven lirio y clavel,
Y á un mismo tiempo fingen invierno y primavera
La nieve en las cabañas, la flor en el verjel.

De pavos la manada, entre el follaje umbroso,
En formación correcta hacia el arroyo va,
Y un gallo en un tejado levántase orgulloso
Más grande que la casa sobre la cual está.

El viejo asa castañas en la pintada hoguera,
La vieja con su rueca trabaja junto á él,
Y al borde del arroyo, la tosca lavandera
El trapo ya lavado suspende de un cordel.

Un monte coronando, de Herodes la morada
Se eleva pintoresca, como es la tradición,
Con sus persianas verdes, su rústica fachada,
Encima un pararrayos y el dueño en el balcón.

Allí nada respeta la loca fantasía;
Mil épocas se juntan en rara variedad.

¡Bendito anacronismo, más lleno de poesía
Que el cuadro que se ajusta servil á la verdad!

Gozad, hijos del alma, precioso es el momento.
¡Feliz quien con tan poco consigue tanto bien!
También los hombres ponen su alegre nacimiento,
Y en él, como en el vuestro, su dicha va también.

Los reyes, que sus dones á perseguir nos lanzan,
Los triunfos representan que busca la ambición;

Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.

Esa gentil zagala que en los peñascos mora,
Al hombre como al niño produce igual placer;
En tanto que es de barro, se llama la pastora;
Después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese portal que habita la Majestad Suprema,
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,
Porque es el misterioso consolador emblema
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;
Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes
[Magos,

Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Á ZOILO

Ya que una hacer no sabes redondilla
(Transposición se llama esta farfulla),
De los censores métete en la bulla;
Ladra y muerde por diez: ¡ancha es Castilla!

Hurta á los albañiles la esportilla
Y ripios caza y críticas aulla;
Á Homero tunde; á Pindaro apabulla.
¡Si eso es más fácil que comer papilla!

Y aunque digas *descolla* por *descuella*
Y *asole* por *asuele*, que en tu cholla
Gramáticas jamás hicieron mella,

Te harás temer, conquistarás bambolla
Y, de camino, la oriental paella,
El pote celta ó la andaluza olla.

Á VELARDE

Manda á coger coquinas á las musas,
Velarde amigo, y á Esculapio torna;